



Edita: C.M.M. S.A. Redacción y oficinas: ALBACETE: Teodoro Camino, 19-Entlo. 02002 Albacete. Tls. 967 21 93 11 y 967 21 93 50. Administración: 967 21 00 00. FAX: 967 21 07 81. Alicant: Avda. Óscar Espá, 4. 03003 Alicante. Tl. Centralita, 96 592 19 50. FAX Redacción: 96 592 22 48. FAX Administración- Publicidad: 96 592 22 82. CARTAGENA: C/ Puerta de Murcia, 8-2.º B. 30201 Cartagena. Tl. 968 50 44 00. FAX: 968 52 86 16. Elche: Maestro Albéniz, 10. Entlo. 03202 Elche. Tls. 96 545 28 43, 96 545 28 49 y 96 545 24 57. FAX: 96 542 05 48. MURCIA: Camino Viejo de Montegudo-Edificio 'La Verdad'. 30160 Murcia. TELEFONOS: Centralita, 968 36 91 00. Publicidad, 968 36 91 07. Distribución-suscriptores, 968 36 91 14. Administración, 968 36 91 16. FAX Redacción, 968 36 91 47. e-mail redacción: lectores@la-verdad.com. Edición electrónica: http://www.la-verdad.com. FAX Publicidad, 968 36 91 11. e-mail publicidad: pu_blicidad@la-verdad.com. Difusión controlada por OJD. Depósito legal: MU-3-1958

TABLÓN DE BREVEDADES / TEXTO, DIBUJOS Y COLLAGES: DE ASENSIO SÁEZ



I
■ No hay pueblo feo bajo la nevada, maquilladas por la nieve sus desportilladas esquinas, la cochambre del solar donde las ratas hicieron puerco nido, la sordidez del jardín municipal que, una vez enjoyado de blanco, podría pasar por romántica escenografía de cuento de Dickens... Una tarjeta postal, el pueblo todo. A más de un componente de algún ayuntamiento ha visto uno recabar la celestial intervención del Santo Patrón del pueblo para el oportuno envío de una nevada en la fecha en que altas jerarquías anunciaron, en visita de inspección más o menos rigurosa, su presencia en el lugar.



II
■ Aciaga noche aquélla, por medio los malos hados del televisor, en que, disparándose a destiempo el pistolón en manos del protagonista de la teleserie, la bala atraviesa el cristal de la pantalla, rebota en un hombro de la abuela, espanta al gato y hace diana en el vecino que viene a solicitar, el pobre, el periódico del día con el fin de revisar la cartelera de espectáculos.

III
■ Si un día Carlos Herrera aspiró a que todas las estaciones de servicio, vulgo «gasolineras», contaran con una hornacina con la efigie de Perlita de Huelva, en gratitud a la difusión de su «Amigo conductor», exaltador, como se sabe, del conmovedor eslogan «No corras mucho, papá», ¿por qué no aspirar a su vez, según nos señala nuestro peluquero, a que todas las

peluquerías de caballero veneran la vera efigie fotográfica de Antonio Banderas, el cual ha llevado a tantos a peinarse hacia adelante, pelos disciplinadamente dirigidos hacia el nuevo frontal?

IV

■ Por sabido se da. Lo peor de insistir una y otra vez en el «lifting» es encontrar después el lugar definitivamente destinado al ombligo.



V
■ ¿Desde qué infable púlpito o solemnísimas tribuna, qué dedo de dioses decide oficialmente la validez de un cuadro, un poema, un libro...?

VI

■ Amaba el hombre tanto a su ciudad natal que, pasando una y otra vez por su glorieta, su plaza de la catedral, sus jardines y paseos, acabó por convertirse en su más dilecto turista.

VII

El minicuento semanal
RETRATO DE SEÑORA

■ ¿Qué atracción soberana, vencedora de todo razonamiento, ejercía sobre don Andrés aquel retrato de señora, firmado por Madrazo, a peso de oro adquirido para ser colgado en el sitial de honor del salón principal de su palacete?

Todas las noches, tras la cena, después de la cordial despedida de los criados hasta el nuevo día, encerrábase don Andrés en el salón y tomaba asiento en su mullido sillón colocado frente al óleo de la dama, mujer de atractiva y misteriosa belleza. Viudo desde hacía varios años, fiel hasta la médula a la memoria de su esposa, no pudo evitar desde el primer momento en que se encontró en feliz posesión del cuadro, que una simbiosis de mágicos efectos se estableciera entre el óleo y su corazón. Confesándose abiertamente a sí mismo enamorado de la pintada dama, una nueva,



desconocida luz comenzó a iluminar, pese a su copiosa colección de años, su cansada existencia, orgulloso de permanecer vivo aún, él que, tras la desaparición de su esposa, hubiese acogido la presencia de la muerte como cordial visita liberadora.

Pasaron así los meses y, una noche, buscando la dulce compañía de la dama, el aroma de su presencia, al entrar en el salón y dirigir su mirada hacia el cuadro, advirtió horrorizado que de éste sólo quedaba el marco. Inmovilizado, le llegó pronto, sin embargo, la amable convocatoria:

—¡Eh, estoy aquí!

Sentada en un sillón, la dama le aguardaba plácidamente. Ante el asombro de don Andrés, hubo de precisar:

—He vencido una barrera de pudores y de dudas para decidirme a bajar de mi sitial en el cuadro.

Atónito, feliz, pasó don Andrés toda la velada en dulcísima plática con la señora.

—No dejaré de creer nunca que esta noche sólo ha sido un sueño.

Testimonio de la verdad de aquella noche, se desprendió ella el camafeo que cerraba su escote.

—Para tí.

Depositó don Andrés un ardiente beso en la atractiva joya antes de guardarla, como deslumbrante tesoro. Una vez tornada al cuadro la dama, hubiese gritado don Andrés a los cuatro vientos su incommensurable dicha. Tiempo le faltó al día siguiente, todavía con la emoción a flor de ánima, para contar a los suyos la verdad

de todos los increíbles hechos sucedidos la noche anterior, tan increíbles que, mirando por su bien, don Andrés fue ingresado en el más importante sanatorio psiquiátrico. Pasaría mucho tiempo sin que nadie llegara a advertir la ausencia del camafeo sobre el escote de la señora del cuadro.

VIII

■ ¡Oh, actual y más que cacareada crisis de la relación hombre-mujer! Noche cerrada fue raptado un más o menos conocido personaje. Al anónimo en el que se especificaba la cantidad por la que le sería devuelto el marido, contestó por escrito la esposa: «Doble doy yo para que no me lo devuelvan».



IX

■ Bodegón de Murcia. Frutos. Contar y no acabar. De todas las dulzuras, mieles y arropías frutales, escójase en primer lugar el higo, heredado de los árabes. Añádase enseguida multitud de nombres de preclaras murcianías, a saber: redondos peros, veraniegos melocotones, encendidos rubíes de las granadas... Esperará el paladar, todavía y siempre, las uvas que para vino iban y se quedaron en racimos de joyas, las almendras, las naranjas, los dátiles gordales que para sí los quisiera la palmera de la Oración del Huerto... Más: los siempre simpáticos melones, verdes unos y amarillos otros, canarios de olor; sandías en cuyo interior anidan completos crímenes de coloradas sangres azucaradas. Más metáforas admitirá siempre la sandía, bienvenidas sean: bola del Niño de la Bola, panza de Buda, cabeza de Paquito, barriga de preñada, culo de doña Enriqueta... Después de todo Ramón Gómez de la Serna exaltó el manejo de la metáfora asegurándonos que, con el tiempo, de todos nuestros más o menos válidos manejos literarios el único material que va a quedar a salvo serán precisamente las metáforas.



X

■ Mañana de domingo. Batón y chádal. «Glamour» de ella y de él.

XI

■ Tire la primera piedra quien, a estas alturas, alto o bajo, gordo o flaco, no haya imitado, pecador de la Pradera él, a Chiquito de la Calzada.

XII

■ Perfecta retransmisión televisiva de las pruebas de natación. Salpicadura de agua en las solapas de los espectadores.